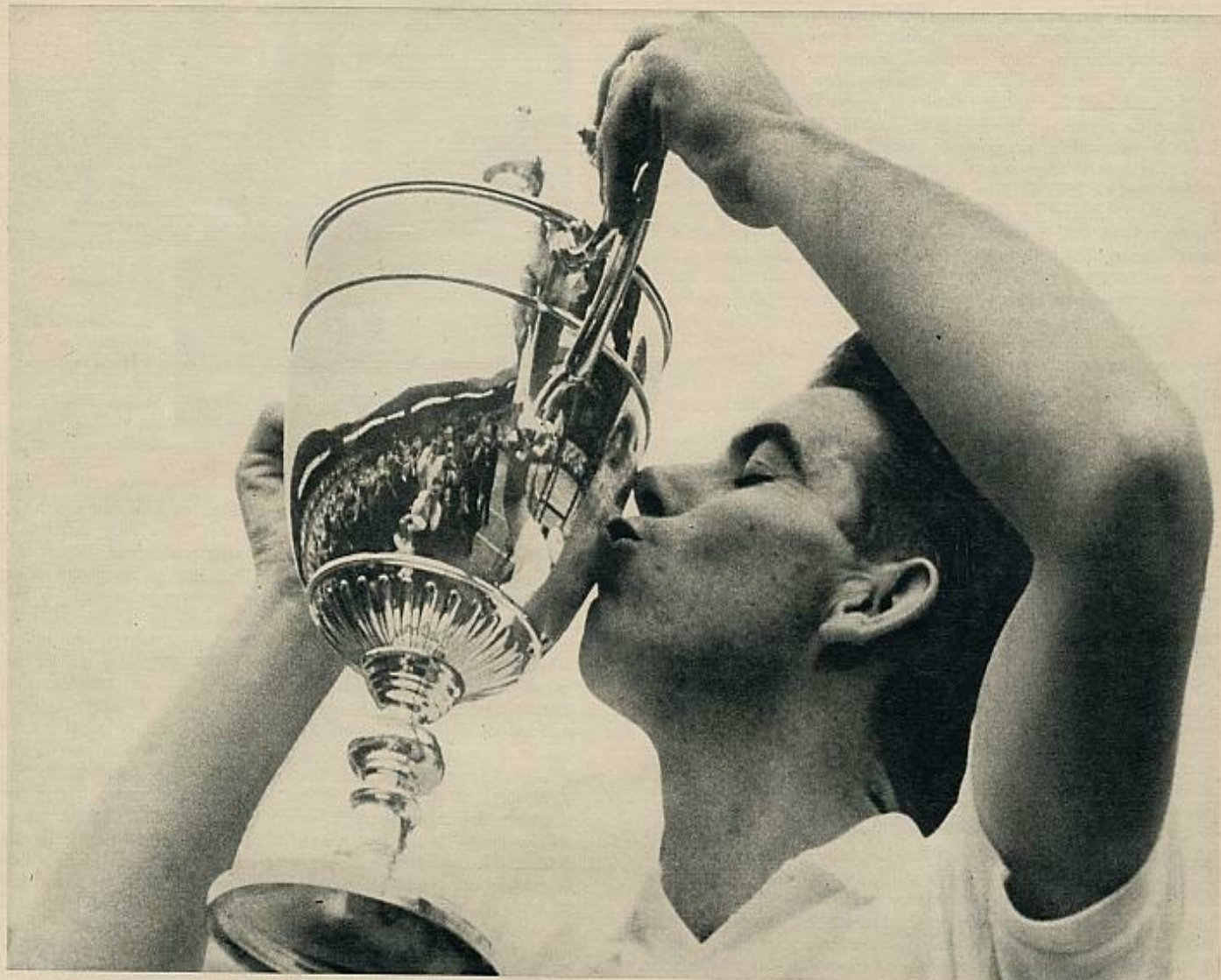


SANTANA-WIMBLEDON



Ha habido que esperar ochenta años para que un español de veintiocho, Santana, regresara de Wimbledon en posesión del más preciado trofeo tenístico mundial.

LA RAQUETA N° 1

WIMBLEDON, cerca de Londres; Forest Hills, en Nueva York; el Estadio de Melbourne (Australia) y Roland Garros, en París, son los cuatro torneos de tenis más importantes del mundo. Pero el más antiguo es el que goza de mayor prestigio y el que confiere la suprema consagración de un jugador.

Ochenta años de historia tiene Wimbledon y desde 1877, en que su torneo fue ganado por un tal Gore, su jerarquía no ha sido jamás discutida. Su «Centre Court» es la meca del tenis, deporte que allí se convierte casi en un rito solemne, majestuoso e impresionante. En el frontis que da acceso al pasillo de entrada, hay grabados dos versos de Rudyard Kipling, que invitan al jugador a aceptar con la misma filosofía el Triunfo y la Derrota, «estos dos impostores». Es ésta

una recomendación que, a veces, cae en saco roto, pero que refleja, mejor que todas las explicaciones, el espíritu de este escenario en el que anualmente el tenis celebra su gran ceremonia delante de un público reverente y casi místico.

el sueño hecho realidad

Ganar Wimbledon es el sueño de todo tenista. En su pista se han entronizado las famas de Tilden, Borotra, Cochet, Vines, Kramer, Patty, Hoad, Cooper, Fraser, Sedman, Schroeder y Emerson, es decir, de toda la cohorte fabulosa de la raqueta.

Ahora le ha tocado el turno de ver su nombre en este linaje de elegidos a Manolo Santana. El

niño que recogía pelotas en el club Velázquez de Madrid, se ha visto así catapultado a las más altas cimas de la gloria deportiva. Cuando a las cuatro menos diez del viernes 1 de julio de 1966, Santana remataba con una volea corta, sobre la red, el tanto decisivo, ¡cómo debieron nublársele los ojos, cómo debió reventar de gozo su corazón! A los veintiocho años, el «as» español, reconocido como jugador número 1 del mundo, alcanzaba su supremo objetivo, porque no se puede ser el mejor sin haber conquistado antes Wimbledon.

la fantasía embrujada

Una hora y cuarenta y nueve minutos le bastaron a Santana para deshacerse del acoso del

atlético, concentrado y, a ratos, malhumorado Dennis Ralston, un nervioso norteamericano de veintitrés años que jugó a ratos con lucidez sorprendente y a ratos con desconciertos de principiante, tal vez porque sabía que enfrente tenía un adversario excepcional que, sin estar en su mejor forma —la lesión frente a Brasil en la Copa Davis arrastraba todavía su cola—, poseía los resortes inigualables de una maestría sin par y, sobre todo, de una inspiración excepcional.

La raqueta de Santana hace lo increíble y convierte el juego duro, directo y desnudo de arte de los maestros australianos o yanquis, en una fuente encantada de donde arrancan los surtidores fantásticos de los golpes más maravillosos. Después de 1946, en que ganó la final un europeo —el francés Yvon Petra—, Wimbledon había sido ininterrumpidamente un feudo anglosajón. Santana y su raqueta luminosa han abierto una brecha en ese dominio por la que ha entrado la corriente de un tenis envuelto en la melodía dorada de una auténtica fantasía embrujada.

la mayor conquista

En 1932, un español, Bubby Maier, formando pareja con la estadounidense miss Ryan, ganó el concurso de dobles mixtos de Wimbledon (esta miss Ryan era una jugadora de tomo y lomo, a juzgar por los siete títulos que alcanzó en esta disciplina). Con la proeza de Lili Alvarez, finalista en la prueba individual damas, nuestro tenis había dejado una huella apreciable de su paso por el templo mundial de este deporte.

Pero ha habido que esperar a Manolo Santana —ochenta años de espera!— para que en Wimbledon España haya dejado un h. o. En definitiva, Wimbledon es el concurso individual masculino. Al ganarlo delante de la princesa Ana —la hija de la Reina Isabel—, de la princesa Margarita y de la princesa Marina de Kent, Santana ha realizado la más gallarda y asombrosa con-



La duquesa de Kent fue la encargada de entregar la copa al ganador, que la recoge con una reverencia.

quista no sólo del tenis sino de todo el deporte español.

Pero no fue a tan ilustre presidencia a la que Santana, después de hacer explotar su alegría, lanzando la raqueta al aire, expresó el primer gesto íntimo de su triunfo. Las cámaras de televisión nos lo mostraron radiante, lanzando un beso con la punta de los dedos a un lugar ignoto de la gran tribuna repleta, donde se encontraba, suponemos que con lágrimas en los ojos y un

corazón retumbante, su esposa y compañera en las duras peripecias por el camino de la fama y de la gloria.

la cenicienta del tenis

En su versión masculina, el éxito de Santana es un poco el cuento tenístico de la Cenicienta. En Wimbledon, el jugador español ha visto concretado su sueño de niño, su ilusión de muchacho. Tal vez por ello, entre los 17.000 espectadores de la final, los más entusiastas, felices y dichosos por el triunfo de Santana eran los «recoge-pelotas» de Wimbledon, todos los cuales, sin duda, también estarán soñando con emular la proeza de su ídolo.

No vale la pena repetir aquí los elogios que el juego y la victoria de Santana han recibido en la sesuda prensa británica, tan parca en los adjetivos encomiásticos. Desde que, hace tres años, Santana alcanzó la semifinal del mismo torneo, se había convertido en una especie de «niño mimado» del público londinense. Aunque la severidad de Wimbledon obligue a los espectadores a neutralizar sus emociones y a no tomar partido por ningún adversario, sus corazones retumbaban con latido muy español. No es extraño, cuando la magia de Santana encandila todos los ánimos, de la misma forma que su carrera en la vida suscita la simpatía y la admiración.

Para nuestro país, el triunfo de Santana ha sido un acontecimiento. Es difícil explicar lo que todos los aficionados le debemos, y uno particularmente sólo puede decir que aquel «Sí» con que apostilló la última pelota del partido le salió del corazón, porque de la garganta, atenazada por la emoción, era imposible que surgiera. Y no creemos equivocarnos al asegurar que esta misma emoción es la que dominaba a todos los españoles.

J. J. CASTILLO

(Fotos: UPI-CIFRA, EUROPA PRESS)



Santana y Dennis Ralston, vencedor y vencido, se abrazan al terminar el encuentro, en el que el primero se proclamaría campeón. A la derecha, el jugador español en el momento de dar uno de sus «reveses».

